

PROLOGO

Cuando, una noche a principios del año 1966, Augusto me comenzó a hablar del trabajo que tenía entre manos, la preparación de su ponencia para la Mesa Redonda de Intelectuales Peruanos que estaba por realizarse en Tacna, su visión del Perú desde el enfoque de la dominación y la dependencia me llenó de claridad, de entendimiento y de una sensación de absoluta seguridad de que su pensamiento había encontrado una vía abierta en medio del complejo laberinto de búsquedas de una interpretación global de la vida peruana.

Recuerdo la importancia que tuvo para él la discusión, ese mismo año, en el Instituto de Estudios Peruanos, entre amigos y colegas, en la cual se llegó a afinar conceptos básicos en su hipótesis, como, por ejemplo, cambiar el título de "La cultura de la dependencia" por el de "La cultura de la dominación". Desde entonces y hasta sus inmensos esfuerzos en vísperas de su muerte por dejar, al menos, los cimientos de un posible pensamiento para el Perú, trabajó, incansable, a través de artículos, ensayos, discursos y en la Reforma de la Educación, desarrollando sus ideas desde los más diferentes aspectos de la cultura —en su interpretación amplia de esta palabra.

Nunca se borrará de mi mente el recuerdo de Augusto ante el auditorio de autoridades universitarias norteamericanas, en la Universidad de Kansas en Lawrence, EE.UU., donde había dictado cursos como profesor visitante durante un semestre en 1968. Su discurso de despedida de la Facultad, de la Universidad, era nada menos que la primera versión de lo que luego sería su libro *¿Existe una filosofía de nuestra América?*. Sereno, sobrio, con la claridad y la profundidad que generalmente caracterizaban su uso del lenguaje,

expuso sus ideas sobre el pensamiento hispanoamericano, las que ahora son conocidas por muchos, pero que en aquel momento sorprendieron al auditorio por su hondo compromiso con una realidad concreta, por la sinceridad y la actitud ética en el doloroso reconocimiento a través de su análisis de lo defectuoso de lo propio, así como por la fuerza de la denuncia de las causas: la dependencia y la dominación de los poderes económicos, desde los de la metrópoli España hasta los de los EE.UU. El silencio en el que escucharon y el aplauso con el que saludaron su discurso, hicieron vibrar en nosotros como una esperanza: la posibilidad de convencer, de conquistar conciencias, de abrir y transformar un mundo entero en nombre de una verdad incontestable del Tercer Mundo, en el que —para él— el Perú era el centro vital.

En las frases de introducción a su ensayo "La cultura de la dominación", Augusto precisaba que, en cierta medida, podía llamarse *filosófica* su interpretación de "la cultura y la vida nacionales", pero que no pretendía, en ese ensayo, "formular una teoría científica, *stricto sensu*, de la sociedad peruana...". Sin embargo, en medio del trabajo intenso que asumió con la Reforma de la Educación —desde fines de 1969 hasta su muerte— y otros compromisos exigentes, iba haciendo apuntes mientras tomaba forma en su mente la *Antropología de la dominación*, un trabajo que emprendió con el mayor rigor filosófico.

Sin embargo sucedió que, en mayo de 1973, sin haber podido definitivamente avanzar mucho en esto, participó en un seminario de preparación de alfabetizadores del programa ALFIN de la reforma educativa. El contacto que obtuvo —él, el muy serio, con su lenguaje invariablemente académico— con los futuros alfabetizadores —tengo la impresión que mayoritariamente de extracción popular—, lo sorprendió y lo entusiasmó. Y, como se fue directamente de allí a una reunión de Unesco en Hamburgo por unos días, en el avión se puso a escribir una suerte de *Antropología de la dominación* en forma de diálogos —para los alfabetizadores y todas las demás personas a quienes la filosofía nunca llegaría. Regresó de este breve viaje con aproximadamente *cien páginas escritas a mano*, las que fueron a constituir la base del libro *Bartolomé o de la dominación*. Este libro, lo escribió Augusto con mucha felicidad. Una vez por semana reunía a los amigos en la casa para leerles lo

último que había escrito, para discutirlo con ellos y recoger sus sugerencias. Cada reunión de éstas era una fiesta de encuentro intelectual, de creatividad, de "goces torpes" diría él, y surgieron por supuesto muchas ideas, varias de las cuales resultaron incorporadas al texto.

Cuando se fue a Argentina en el mes de agosto del mismo año, tenía el libro prácticamente terminado. Su encuentro con el ambiente filosófico, político y social de Argentina de aquellos días fue muy impactante para él. En primer lugar, en San Miguel, en el seminario sobre la filosofía de la liberación, del cual se recogen aquí tanto su intervención como el subsiguiente debate, encontró el medio ideal para una plena comunicación e intercambio intelectual, además del hecho vital de poder *compartir* convicciones y esperanzas. En Buenos Aires —tuve la impresión— fue excelentemente recibido por intelectuales y colegas universitarios, y en su discurso en el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad de Buenos Aires, publicado por primera vez en este libro, elaboró tal vez mejor que en textos anteriores la tarea que vislumbraba para el pensamiento latinoamericano en el contexto del Tercer Mundo.

No era de extrañar, entonces, que se dejara seducir por la idea de hacer publicar *Bartolomé o de la dominación* por una editorial argentina, Ciencia Nueva, sobre todo después de recibir una respuesta negativa de Alianza Editorial de la Madre Patria. Trágicamente y contra toda su expectativa de ese momento, resultó siendo una edición póstuma que, además, aquí en el Perú, fue francamente sabotada, tanto por el distribuidor como por los librerías. La trascendencia del libro quedó entrampada en la coyuntura política, en el odio del antivelasquismo que puso su cruz al nombre de Augusto Salazar Bondy por su total entrega a una reforma educativa cuya calidad desbordó las fronteras del país y cosechó admiración a nivel internacional pero que, irremediablemente, había sido elaborada con el visto bueno de un general. Y, francamente, a mi parecer, resulta insólito que, veinte años después, hasta este momento, no exista una voz, ni siquiera de una izquierda en búsqueda de renovación, que se interese por retomar, contra el neoliberalismo y la entrega del país, las teorías de Augusto.

La producción casi febril de *Bartolomé*, sin embargo, le permitió adelantar ideas que le hubiera tomado mucho más tiempo

terminar de elaborar en la forma rigurosamente lógica que había elegido para lo que él consideraba la obra principal de su vida: la *Antropología de la dominación*. Creo que sería difícil descartar la idea de que, con *Bartolomé*, él veía la posibilidad de sacarle la vuelta a la muerte, de llegar a expresarse, de dejar un mensaje global. Augusto, desde muy joven, vivía con la idea de una muerte precoz —por cierto, muy discretamente. Pero su ritmo de trabajo era su querer ganarle la carrera a la muerte; el nivel de sus actividades, de sus preocupaciones, hablaba de su voluntad de alcanzar la esencia en cada una de ellas antes de que fuera tarde.

Y luchó hasta lo último para avanzar la *Antropología de la dominación*. Después de dos meses de no poder hacer nada debido a su enfermedad, finalmente en el hospital, en enero de 1974, retomó, con un inmenso esfuerzo, la revisión de lo escrito anteriormente. Existen, además, unas páginas escritas a mano de esos mismos días con una letra suya que nos habla, dolorosamente, del contraste entre su lucidez mental y la debilidad de su cuerpo. Renunció a seguir escribiendo, pero comenzó a dictar a Anne, nuestra hija mayor, párrafo por párrafo, todos los días. Anne lo copiaba a máquina y, al día siguiente, él lo revisaba, lo corregía y seguía dictando... Hasta el día miércoles 30 de enero de 1974. Con un suspiro de infinito cansancio y resignación, nos dijo a Anne y a mí: "A ustedes dos les toca ahora escribir la parte sobre la dominación de la mujer". El día siguiente, comenzó a fallarle el corazón y, luego, los riñones, y murió el miércoles siguiente, el 6 de febrero, en la madrugada.

La *Antropología de la dominación*, por su forma inconclusa, quedó hasta hoy inédita. Mis hijos y yo agradecemos la iniciativa del Dr. David Sobrevilla de impulsar la publicación de este libro que la incluye. Agradecemos asimismo la excelente disposición del Dr. Gilberto Bustamante, ex Director del Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y actual Decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas para asumir la tarea de su edición.

Con este libro, veinte años después, es como que renace una vida, una esperanza.

Helen Orvig